

Una española en la cima digital

Nuria Oliver entra en una lista mundial de investigadores jóvenes de vanguardia

TOMÁS DELCLÓS, Barcelona
La alicantina Nuria Oliver tiene 33 años y desde hace cuatro trabaja en los laboratorios de investigación de Microsoft en Redmond (Washington, EE UU). "Se trata de conseguir que el ordenador entienda lo que sucede a su alrededor para que podamos comunicarnos con él de manera más natural, intuitiva". Y por este empeño, el Massachusetts Institut of Technology la acaba de incluir en su lista anual de los 100 jóvenes que están en la vanguardia mundial de la investigación sobre ordenadores, nanotecnología y biotecnología.

"Es un honor porque tú no puedes presentar tu propia candidatura. Es el MIT el que elige el jurado y hace la lista", comenta telefónicamente Oliver, que estudió en la Politécnica de Madrid, pasó por el MIT y la fichó Microsoft. "Son los mejores laboratorios para lo que hago. Por eso estoy aquí", precisa.

Inevitablemente aparece una cierta melancolía. "Si pudiese hacer lo que hago en Europa... Lo sigo intentando, pero es muy difícil. Hace poco di una conferencia en Suiza y un profesor de Barcelona me describió un panorama desolador sobre el estado de la ciencia en España".

Oliver está en el intento de una oficina inteligente de verdad. "En la que el ordenador sepa lo que estoy haciendo. Y si me ausento me busque en el móvil o responda que estoy reunida".

La base técnica de su trabajo está en los sensores del ordenador, con los que recoge información, y en la elaboración de patrones informáticos de conducta. "La idea es que el ordenador aprenda como las personas, gracias a la experiencia, a la inteligencia perceptual. Para que el orde-



Nuria Oliver, durante su etapa en el Massachusetts Institute of Technology. / CONSUELO BAUTISTA

nador sepa que estás atendiendo un teléfono ha de recoger ejemplos de lo que sucede cuando se habla por teléfono y construir un modelo de conducta".

El salto metodológico que han dado Oliver y sus colegas es abandonar la drástica lógica binaria del sí o el no, que está en la base de todo lo digital, para contemplar la incertidumbre gracias a modelos estadísticos. "El ordenador puede, observando una conducta, establecer con una determinada probabilidad que estás hablando por teléfono. Pero si son las cuatro de la madrugada, bajará esta probabilidad".

Oliver, pues, está en el frente de la inteligencia artificial. Una disciplina que en los

años sesenta y setenta levantó muchas expectativas. Llegó a parecer que las máquinas con conciencia de sí mismas estaban a la vuelta de la esquina. "Fueron unos años prometedores, pero en los ochenta lle-

"Trabajo en el diseño de una oficina en la que el ordenador sepa lo que estoy haciendo"

gó el gran declive porque no se había conseguido apenas nada. Ahora resurge porque los nuevos métodos —sistemas estadísticos más que únicamente lógicos— están dan-

do resultados. En esta década veremos una explosión de ordenadores más inteligentes y amigables".

Esta joven investigadora tiene en Internet su página personal (research.microsoft.com/~nuria), donde está todo su ya largo historial científico, sus publicaciones (por ejemplo, los artículos, en Ciberp@is cuando estaba en el Media Lab del MIT) y algunas reflexiones personales como esta: "Persigue tus sueños y pasiones. Es muy importante creer en uno mismo. A veces es duro estar en un terreno dominado por hombres porque no hay muchas mujeres con las que hablar y aprender. Es muy importante animar a las chicas a seguir carreras en ciencia y tecnología".

Verrugas

JUAN JOSÉ MILLÁS

Francis Obikwelo, subcampeón olímpico de los 100 metros, contaba hace poco en estas mismas páginas que en África, cuando te rompes un hueso, se le rompe el mismo hueso a un pollo; si el pollo mejora, tú mejoras. Se trata de un modelo de magia basado en la semejanza que me recordó la lectura feliz de un libro, *La rama dorada*, de J. G. Frazer, donde se narran muchas historias que ejemplifican esta percepción analógica de la realidad. Actualmente escuchamos estos relatos fantásticos con una sonrisa de superioridad, como si hubiéramos logrado escapar a las épocas dominadas por la brujería, pero la idea de que lo semejante produce lo semejante late todavía con fuerza en nuestro cerebro de reptil.

Tal vez, si dentro de mil años quedan antropólogos para contar, se refieran al increíble mecanismo de la Bolsa o a las sutilezas diabólicas de los mercados internacionales como a ritos mágicos por los que nos apropiáramos de los bienes ajenos o transferíamos nuestros males a otros. Tenemos noticias de operaciones bursátiles capaces de arruinar a una comunidad en 24 horas o de desequilibrar la balanza de pagos de un país en dos semanas. También a la transferencia de males dedica Frazer buena parte de su maravilloso libro. Aún se practica en Europa un viejo rito para quitarse las verrugas que consiste en tocárselas con tantas piedrecitas como verrugas se padezcan. Luego se envuelven las piedras en una hoja de hiedra y se abandonan en medio de la calle. El desgraciado que las recoja cojerá al mismo tiempo las verrugas del otro.

El objeto mágico por excelencia es hoy la tarjeta de crédito. Con ese talismán, y si triunfan las propuestas de la cumbre contra el hambre celebrada en Nueva York, podríamos, por cada transacción realizada, donar una pequeña suma que se convertiría automáticamente en comida para las zonas más necesitadas del planeta. Pero si usted prefiriera verlo desde el lado de la transferencia del mal, imagine que cada vez que utiliza la tarjeta traslada parte de su colesterol a un miserable. Una vez fracasados todos los intentos por arreglar el mundo desde la razón, quizá debiéramos regresar a la magia. A mi cuñada, por cierto, se le quitaron las verrugas.

